

gó un soneto á un retrato de una hermosura cuyo original habia muerto. Es así:

¿Es posible que toda esta belleza
Volvió á ser lo que antes habia sido,
Trocando la memoria por olvido,
Y tanta majestad por la bajeza?
¿Y que duerma el viviente en la pereza,
Empleado en el vicio su sentido,
Sin acordarse para qué es nacido,
Amando á la hermosura y la grandeza?
No se fie la edad, que mas luciente
La parece que vive por hermosa,
Puesto el amor por lazo de su pelo.
Mire justo á las puertas de su oriente,
La muerte de su vida ¡oh envidiosa!
Procurando dejarla hecha de hielo.

Ya cuando acabó estaba en pié un mozo de buena presencia y brio, y Juanillo dijo á su amigo: ¿Ves este mozo? Pues el que topamos en la calle del Cármen es; contéplale allí tan lastimado, arrastrando por el suelo, con aquellas lamentaciones que oíste, y mírale ahora si podia jugar una pica en la campaña, y por eso el pobre de Dios te dé Dios le llamó tramoyero entrapado; pero despues verás lo que anda con ellos. Sosegáronse los vítores que dieron al licenciado Guarismo, y el tercero dijo así:

A mí se me encargó el glosar una copla que en este lugar está al pié de una cruz; no es mia la glosa, sí que es esta:

*Aquí dió acero cruel
A un hombre muerte precisa,
Y este epitafio te avisa
Que ruegues á Dios por él.*

Hombre humano que al divino Precepto de Dios olvidas, Mira que todas tus idas Van á parar al destino: Busca otro mejor camino, Que no te pierdas por él, Haye al apéto infiel, Que vas por zarzas y abrojos, Y muerte al que ven tus ojos <i>Aquí dió acero cruel.</i>	Mira ayer cómo pasó, Mira hoy cuál va pasando, Oye que están clamoreando Por el que ya se murió: Solo el obrar bien vivió, Que lo demás todo es risa, Mira que la muerte pisa Muy cerca de tus umbrales, Ella amenaza tus males, <i>Y este epitafio te avisa.</i>
Vivir bien es lo que importa Y guardar los mandamientos; Y pues que ves escarmientos, El paso á tus vicios corta; El amar á Dios conforta, Pues la vida es indecisa; Mira que corres aprisa, Y no quíeres reparar Que suele el castigo dar <i>A un hombre muerte precisa.</i>	Ayer vivía, hoy murió El que ya enterrado está, Y el que hoy nace allá se va Desde el punto en que nació: Solo del mundo llevé Lo que vivió como fiel; Ya hierre la llama en él, Y solo son sus demandas A tí, que en el mundo andas, <i>Que ruegues á Dios por él.</i>

Alabaron lo bien buscado de la glosa, y dándole vítores, se levantó otro, y Juanillo dijo á su amigo: Este que se ha levantado anda con dos muletas muy poco á poco, y con un tonillo quieto pidé limosna, y mira qué sano y qué buena voz tiene. Y él con mucha desenvoltura dijo: A mí, ilustre academia, se me encargó glosar dos versos que se me dieron, que son estos:

*¿Para qué quiero yo vida,
Si la muerte me convida?*

Si al instante que salí Al mundo émpécé á llorar, Si el dolor vino á buscar	A la forma en que nací, Si nunca al contento ví, Pasando vida añigida,
---	--

Con trabajos perseguida,
Si se que todo anhelar
En la muerte ha de parar,
¿Para qué quiero yo vida?
Mas es morir que vivir
El vivir con el dolor,
Conociendo que el rigor

Es quien lo ha de divertir:
Y llegando á discurrir,
Veo la edad abatida,
Con miserias condolidá;
Y si siempre he de penar,
No quiero mas aspirar,
Si la muerte me convida.

No le dieron á este tantos vítores como á los demás; pero tuvo alabanza en la boca de Onofre, á quien Juanillo dijo: Repara en este peinado tan barbihecho, que si le ves mañana, no le has de conocer, pues cuando sale de casa parece tiñoso que en su vida tuvo pelos, y mírale ahora que parece paje al uso. Y él, componiéndose los bigotes, dijo: A mí se me dieron otros dos versos que glosase, que son estos:

*Pasa un año y otro año,
Y nunca pasa mi engaño.*

Toda la vida es un sueño,
Que cuando empieza es dormir,
Propio ensayo del morir,
Con que despierta á su dueño;
Riguroso es el empeño,
Que en naciendo enseña el daño,
Con tan claro desengaño,
Pues pasa la edad mayor,
Pasa el contento mejor,
Pasa un año y otro año.

No hay cosa en la edad mas cierta
Que trabajos y dolor,
Sustos del mayor amor,
Pues su esperanza es incierta;
La muerte siempre está alerta,
Igualando en un tamaño
El señor al mas tacaño,
Sin llegar á discurrir
Que sé que me he de morir,
Y nunca pasa mi engaño.

Acabó con el alegría que todos, ocupando el puesto un mozo muy risueño, y con muchas cortesías dijo que á él se le habia encargado el pintar un almendro, á quien desbarató el cierzo todo la pompa que madrugó á echar. Es esta décima:

Oh tú aquel que desvelado,
Sin mirar las tiranías
Del tiempo, abrevias tus días,
Solo por verte adornado,
Tu anhelar se vió engañado,
Negándote el tiempo paces,
Pues entre mil sustos yaces
Que la hermosura no ataja,
Sirviéndote de mortaja
La camisa con que naces.

Así que acabó, volviendo Juanillo á Onofre con el acostumbrado cuidado, le dijo: Repara en este, que cuando llega á una puerta arroja un ¡ay! tan lastimoso y profundo, que con él provoca á lástima, y luego llora, con que junta mucha limosna, y mira ahora que la demasiada risa no le ha dejado decir. Diéronle muchos vítores, diciendo: Famoso ha estado el Mortecino, á tiempo que levantándose Juanillo dió licencia, que rompiendo el silencio se empezase á consumir lo que hubiese dispuesto; y aprestados todos á la obra, oyeron unas lastimosas voces que, repetidas por diversas partes, decían: ¡Fuego, fuego! ¡Agua, agua! ¡Que me abra-so! Y entre esta confusion notaron una voz delicada,

que decia: ¡Que me muero! ¿No hay quien socorra á una afligida mujer? ¡Favor! ¡Piedad! ¡Cielos! Y á este tiempo por la calle hacian pedazos la puerta hasta que la echaron en el suelo, porque ya el humo rompía por muchas partes; ¡oh confusion de la rigridad deste elemento! pues en breve tiempo ya la posada era un bolcan de vivas llamas. Admirado y confuso estaba Onofre sin saber á qué parte guiar; y en lugar de echar á la calle, se entró la casa adentro, donde oyó un ¡ay de mí! tan delicado y lastimoso, que arriesgando todo el valor, se opuso á las mas encendidas y abrasadoras centellas subiendo por una escalera; y atendiendo al lugar de donde salia la voz, oyó que era en la casa de pared y medio, que tambien ardia por un pedazo de tejado, y pasando por toda la llama dél, dió en un corredor de la casa, donde notó que de una parte que estaba cerrada salia la voz y mucho humo; y dando un recio golpe á la puerta, hizo saltar las guardas de la cerradura, franqueando la entrada, donde vió entre humo y fuego una mujer, que habiendo saltado de la cama en que dormía, medio tapada con sus vestidos, ya el humo la habia prevaricado el sentido dando con ella en la tierra; y Onofre, cogiéndola en los brazos, la sacó hasta ponerla en el corredor, que todo ardia; y viéndose cercado por todas partes de aquel voraz incendio, animoso y determinado de librar dos vidas, se entró por las llamas, bajando por la escalera que habia subido, hallándose en el patio de su posada; y viendo la puerta de la calle que parecia imposible poder salir por ella por haberse apoderado el incendio en toda la casa, arriesgando su persona, salió por entre llamas, dejando admirados á los de afuera viéndole salir de aquel modo. Los alaridos eran grandes, oyéndose por una parte: ¡Ay, hija de mis entrañas! ¿quién te podrá socorrer? Y por otra un hombre que determinado se queria entrar por las llamas, á quien detenian para que no ejecutase tal intento, y llegando Onofre á una mujer, la dijo: Tened piedad, señora, de esta, que el desmayo la tiene sin sentido; y la mujer entre copiosas lágrimas conoció ser su hija, ocasionándola el gozo á dar mayores voces, llamando con ellas al hombre que arrojado porfiaba á entrar por el fuego, que era padre de la que Onofre habia librado, que viendo á su hija y oyendo decir quién la habia libertado de la fiera prision del fuego, no se hartaba de abrazarle con amor, diciendo: Libertador de todo mi bien, ¿quién eres? Y la mujer, por otro lado asida dél, tambien mostraba agradecimientos á tan gran beneficio, á tiempo que ya el fuego poco á poco iba perdiendo su fuerza, á fuerza de otro elemento, pues mucha gente que habia acudido la mas se habia ocupado en echar agua, con que habian aplacado el incendio riguroso, y los pobres de la posada andaban aturdidos con el dueño della, que tambien habia quedado para pedir limosna como ellos; uno lloraba sus muletas, otro sus trapos, otro su casquete; en fin, todos lloraban sus caudales, y Juanillo andaba perdido en busca de Onofre, que habiéndole encontrado, no se hartaba de abrazarle, y mas cuando supo en lo que

habia empleado su valeroso ánimo; y reparando Juanillo en la gente que se iba ausentando, vió un hombre que, cargado de ropa y cosas de valor, se iba por la calle adelante, y deteniéndole, le preguntó dónde llevaba aquel hato, y turbado, sin acertar á formar razon alguna, lo dejó caer en el suelo; y llegando Onofre, conociendo ser ladron, pues su turbacion lo confesaba, le dió de ballazgo unos cuantos cintarazos; y preguntando en voz alta cuyo era aquel hato, lo conoció el padre de la que él habia librado, diciendo: Mucho te debo, amigo, pues me has libertado la vida y el hacienda.

Base apaciguando el alboroto y recogiendo mucha de la gente que habia acudido, unos á matar el fuego, y otros á llevarse lo que pudiesen, como de ordinario sucede. Y el dueño de la casa del lado, padre de la que Onofre habia sacado de entre las llamas, asiéndole de la mano, le hizo entrar en su casa en un cuarto hajo, que aunque habia sido despojado del adorno, no habia tocado el fuego en él, y llamando á Juanillo, los hizo sentar, para que conociese Onofre lo agradecido que le estaba; le preguntó la causa de estar á tal hora sin haberse recogido y hallarse tan á tiempo para socorrer á su hija, que le sacase de la duda, y le dijese por dónde le habia guiado Dios. A quien con razones corteses, pocas y medidas refirió el suceso, hasta que la sacó en brazos á la calle. El hombre agradecido los hizo aderezar una cama, donde descansasen lo restante de la noche, suplicando á Onofre se sirviese de admitir aquella casa por su posada, en cuanto fuese su voluntad, y despidiéndose, quedaron los dos amigos solos.

Estaba Onofre como elevado, pensando en los sustos de aquella noche, á quien Juanillo dijo así: ¿Qué fuera, amigo, que el incendio que ya ha pasado descubriera camino para que te quedaras en Madrid? pues haber dado socorro á Laura, que es la que sacaste en brazos de entre las llamas, estar sus padres tan agradecidos, y con razon, no tener otra hija y ser de los mas ricos deste lugar, habernos hospedado en su casa, decirte que no salgas della, tener tú partes para merecer, no sé qué te diga; y así, discurre en lo demás en el ínter que viene el día. Persuádetes Juan, dijo Onofre, en que soy pobre y forastero, que son dos partes muy contrarias á tu imaginacion; y así, déjate de fábulas, y entreguémonos al sueño. Así lo hicieron, y como estaban cansados y ya era tarde, con facilidad se quedaron dormidos. Cuando á pocas horas Onofre, en quien poco duraba el descanso, oyó entre el silencio y la quietud un ruido, que al parecer se hacia en cerradura de una puerta, donde procuraban entrarse una llave á dar vueltas; desterró de sí el sueño de todo punto, incorporándose sobre el lecho; atento, cuidadoso notó que abierta la puerta procuraban quitar la llave, y levantándose en pié, sacó la espada, diciendo: ¿Quién va? Y con el sobresalto que se levantó, tropezando con un bufete, hizo caer un candelero, que los habian dejado con luz, siendo parte bastante para que al ruido se alborotase segunda vez la gente de la casa. Salieron sus

dueños, que aun no habían rendido al sueño el asustado cuerpo, y en su seguimiento los criados y gente que le asistían, y hallando á Onofre con la espada en la mano, alborotado de aquel modo, preguntándole la causa, respondió que había sido el haber oído abrir aquella puerta cercana á su lecho. Reparó el dueño en ella, y como la viese abierta, quedó maravillado, por ser de un cuarto algo excusado de la gente menor de la casa, donde tenía un oratorio, y procurando examinar la causa, así él como todos los demás no pudieron hallar indicio de quién hubiese sido dueño de tal atrevimiento. Habiendo mirado las mas viviendas de la casa, acompañándolos á todo Onofre y Juanillo, repararon en una puerta que hacia paso al zaguan, en que tenía puesta una llave por la parte de afuera, de que admirado el dueño, conoció el no ser aquella la llave de la puerta, y procurando abrirla, y no pudiendo conseguirlo con otra llave, se valieron de la fuerza, dando tantos golpes, que saltó el pestillo que la cerraba, y quitando Onofre la luz á un criado que la tenía, se ofreció el primero á mirar el zaguan, y en un rincón, donde había cantidad de muebles de la casa, que por miedo del fuego habían bajado, y arrimados allí, vieron un hombre que embozado defendía el rostro, procurando conseguirlo por medio de una pistola que en la mano tenía, y apuntando á Onofre, dijo: El dejarme ir libre los estará bien; pero Onofre lleno de cólera le tiró tan fuerte estocada, que pasándole el brazo de la pistola, la dejó caer en el suelo, y al asegurarle otro golpe, pidió por Dios que no le matasen. Reportóse Onofre, llegó toda la gente de la casa, y preguntándole si había mas que él y quién le había ayudado á semejante atrevimiento, dijo que él solo era el que entre la hulla del fuego se había metido allí, y que en la calle le aguardaban dos compañeros. Salir quiso Onofre determinado en busca de aquellos viles hombres, pero los ruegos del dueño de la casa y demás gente le detuvieron, y volviendo á preguntar al herido qué era su intento, respondió que abrir la puerta de la calle para que entrasen los dos amigos, que así había quedado de acuerdo, y que al irlo á hacer turbado había abierto dos puertas, sin dar con la que buscaba, siendo causa de haberle sentido. Los criados de la casa querían maniatarle y entregarle á la justicia; pero Onofre, compadecido de verle herido, los suplicó que, pues no había al presente justicia que lo hubiese visto, le echasen en la calle, pues otra cosa no sería generosidad. Convinieron todos en ello, y Onofre, adelantándose, abrió la puerta, pero no vió á nadie, que el ruido ó las muestras que ya daba el día había hecho dejar el sitio á los dos: enviáronle con su mala ventura, y volvióse á sosegar la casa, no para descansar, pues solo fué para admiraciones de lo que en tan breves horas había pasado, volviendo de nuevo el dueño de la casa á rendir agradecimientos á Onofre, ofreciéndole su persona y poder, y que como dueño de todo podía mandar de allí adelante, á quien agradecido Onofre retornó estimaciones; y como ya las luces del día con-

vidaban á gozarse, y ya quieta la gente se ocupaba en ir acomodando las cosas que el miedo y el fuego habían descompuesto, dando mil gracias á Dios por tan grande dicha, pues solo en el cuarto de Laura había tocado el fuego, y suplicando á Onofre se sirviese de tomar asiento y contar su peregrina historia, á quien obediente se ofreció, diciendo así.

DISCURSO XVIII.

Nací en la gran ciudad de Nápoles; aunque no de padres nobles, eran limpios del contagio que la fe castiga por medio de su justicia. Criéme á un tiempo, en compañía de una hermana, siendo con igualdad queridos de nuestros padres, amándonos los dos con una union tan estrecha, que apenas se hallaba el uno sin el otro. En mí fué mostrando la edad las obligaciones con que nace un hombre de bien, y en mi amada hermana, á un tiempo con alguna hermosura, mucha humildad y vergüenza, que son las partes que mas engrandecen la belleza. Faltónos á los doce años de nuestra primavera la madre, siendo el sentimiento parte para que nuestro padre, postrándole la pena, se ajustase á vivir en una cama, sin poder levantarse della, pues para hacerlo se valia de nuestro alivio, amonestándonos siempre pidiésemos á Dios paciencia, pues es de lo que mas necesita quien con enfermos lidia.

No era la edad la que le tenía tan postrado, pues solo era una profunda tristeza, causada de la pérdida de su amada consorte. Justo sentimiento, pues perdió en ella el ejemplo mayor de la caridad, virtud y honestidad. Los años en nosotros iban desplegando las arrugas de la niñez, en mí para atender al servicio de mi padre, y en mi hermana para que la honestidad la obligase á tanto retiro que no era vista de nadie. Vivía enfrente de nuestra casa un caballero, el cual tenía un hijo, casi de nuestra edad, que desde el primer conocimiento de la razon nos habíamos querido con amable amistad. Perdonadme el que abrevie una historia tan larga como la mía, que aunque el mal comunicado dicen que se presta alivios á sí mismo, en mí renueva las llagas de mi pena. Atrevióse á mirar á mi hermana con intento de los que paran en infames fines, pues á no ser así, padre y hermano tenía á quien poder hablar, pues él por su persona no desmerecía el sí para honesto empleo. Este persuadía á mi hermana con todos los medios posibles, en quien halló siempre una resistencia honrada. Supe todo lo que pasaba de la boca de una criada, de quien se quiso valer por medio del interés; pues amparado della, intentó profanar el sagrado de mi casa: dióme un papel, en que leí sentencia de muerte, fulminada por un ciego á los mandamientos de Dios, pues sus atrevidos caracteres ofrecían dádivas para vencer aquel muro de la honestidad, y acababa diciendo: Poco han de importar tus resistencias á mi mucho amor, pues es poderoso como su dueño. No pude sufrir desde aquel punto la fuerza que la razon me hacia en que procurase mi venganza; y así, guié los pasos en

busca de mi enemigo; halléle en una casa de conversacion, y al llamarle noté que salía desafiado con otro caballero, habiendo sido la causa una suerte del naipe. Seguimos algo á lo lejos, y así que llegaron al sitio señalado, sacando las espaldas, á los primeros tiempos que se tiraron vi que mi enemigo cayó en tierra de una estocada, y pareciéndome que mi afrenta se quedaba en pié si perdía la vida á manos de otro hombre que no fuese yo, me puse con brevedad á su lado, defendiéndole de otra estocada que su contrario le tiraba contra el suelo; y viendo que á un hombre caído se le negaban hidalgas atenciones, y que en un pecho noble no cabe acción tan desatenta, tomé el duelo por mí, y puesto casi encima de mi contrario, reparé un tajo que me tiró, y desviándole, hallando mi espada en buena postura, y la suya algo desviada de la rectitud, le ejecuté una estocada tan bien guiada, que fué bastante para añadir la lengua, sin poder pronunciar la última palabra de su vida. Perdió la vital respiracion, y mi enemigo cobró la que tuvo cerca de perdida, levantándole del suelo; viendo que el tiempo me negaba tiempo para mi venganza, procuré el salvar mi persona y que él lo hiciese, retirándonos á un convento de religiosos, dando cada uno aviso á su casa del suceso pasado. Sintiólo el padre de mi contrario, pero el mio mucho mas, pues solo fué el aumentar penas á sus penas.

¿Quién creyera que á un beneficio tan grande como librarle de las manos de su enemigo y de los brazos de la muerte, me pagase con un desprecio el mayor que imaginan los hombres? Sucedió que, algo receloso de mí, como reinaban en él tantas traiciones, mudó de retraimiento, y viendo que yo no salía del mio y que mi padre impedido no se levantaba de la cama, juzgando ejecutados sus torpes y atrevidos deseos, se determinó una confusa noche, escalando un balcon, llegar hasta el dormitorio de mi hermana, donde estaba ya recogida, y atrevido cuanto desatento, sin atender la vecindad de tantos años, amistad tan estrecha, deuda que me tenía, y la principal, que negaba á las leyes de Dios, la despertó, amenazándola con la muerte si no consentía en su gusto; ella asombrada dió voces, llamando á su padre y hermano, y defendiéndose con varonil valor, dió lugar á que Dios la favoreciese; pues como todo lo ve, y en las mayores necesidades socorre á los suyos, permitió que alentado mi padre tuviese ánimo de levantarse, fiado en la ayuda de un báculo, y mas breve de lo que le concedian sus achaques, llegó á dar socorro á su querida hija, consiguiéndolo, aunque con grave daño de su persona.

No hay animal, en cuantos la naturaleza crió, mas atrevido, mas ciego y pertinaz y perverso que el hombre, pues no hay cosa que le parezca imposible para lograr un infame apetito, y compadecida de su ruina, la misma naturaleza le puso un despertador para que le avisase de las calamidades que le amenazan, pues los golpes que da el corazon del hombre en los sobresaltos y sustos no es concedido á otro ningun animal. Yo, que

triste con el ausencia de mi amado padre estaba, me determiné esta noche de verle acompañado de un amigo español, que razon es llamarle amigo, pues examinado le tenía en mi retiro, que enfermedad, prision y ausencia es prueba de los leales. Deste me fié, para que fuese en mi compañía, por divertir los latidos que mi corazon daba, anunciándome las ruinas de mi quietud. Llegué á mi casa, y llamando á la puerta, preguntó un criado quién era, y conociéndome en la voz, me dió franca la entrada con mucho gozo de verme. Agradezció el alegría que mostraba, y dejando á mi amigo á la puerta, en forma de centinela, dije al criado no cerrase. Bien creí, así que subí el primer escalon, el hallar con quietud mi casa, y que mi padre se holgase de verme, aunque ya llevaba imaginada la reprension, en fin, como de padre, á quien amparaba la razon; pero aquí de todo mi valor: apenas subí el último escalon, cuando oí que entre ansias y lágrimas pronunciaba mi padre estas razones: ¿Para qué me concedes la vida, mano atrevida, si dejas nublado lo cándido destas honradas canas? ¿Qué te hice? ¿Qué ocasión te di para tal atrevimiento? ¡Ay, hijo querido! Ay, Onofre amado, quién te llevara nueva de tanta amargura como tiene la congoja en que queda tu padre! Así que acabó la última razon de las que he referido, vi que del cuarto de mi hermana salía un hombre diciendo: Para que sientas y penes, te dejo la vida, bulto caduco. No hubo menester preguntar la causa, pues conocí á mi enemigo, á quien dije: Onofre soy, Dios me ha guiado aquí, solo para castigar tu loco atrevimiento, pues aun con la muerte no has de satisfacer á tan grave ofensa comola que has cometido. Ofrecíme con la espada desnuda, y recibíome tirando un pistoletazo; pero á quien Dios guarda, en vano se le oponen fuerzas humanas. Faltóle la piedra, bastante desengaño, pues aun las piedras sienten las alevosas intenciones, sin ayudar á quien las comete. Si el hombre falta á los mandamientos de Dios, ¿qué mucho que falte una piedra insensible, para dar luz á su malicia? Soltóla en el suelo, echando mano á la espada, que así que la sacó le saqué la vida por la puerta que le abrió una estocada que le atravesó las entrañas. ¡Muerto soy! dijo, á tiempo que vi á mi lado á mi amigo, diciendo: Antes moriré que dejarte. Soseguéle, guiando los pasos adonde había oído á mi padre, hallándole en el suelo, que así que me vió me ofreció los brazos, diciendo: Levántame, hijo querido, que no te quiero preguntar quién guió tus honrados brios para mi defensa, pues conozco que ha sido obra divina. Levantéle del suelo, y aunque algo turbado, noté que echó la mano á la una mejilla, y luego la miró. A quien pregunté qué era lo que hacia; y me respondió: Admírame de que tan presto hayas lavado mi afrenta, pues pidiendo sangre, se había asomado al rostro con las muestras de lo que pedía. No hubo menester oír mas para volver adonde mi enemigo, triste cadáver, yacía, y sacando un puñal, le corté la atrevida mano; y como el caso no pedía dilaciones, aunque pude llevar el cuerpo donde, cuando fuese hallado, no se supiese